

# Madama Butterfly

Giacomo Puccini (1858-1924)



# MADAMA BUTTERFLY

---

## Giacomo Puccini (1858-1924)

*TRAGEDIA GIAPPONESE* EN TRES ACTOS. MÚSICA DE GIACOMO PUCCINI (1858-1924). LIBRETO DE GIUSEPPE GIACOSA Y LUIGI ILLICA, BASADO EN LA OBRA DE TEATRO *MADAME BUTTERFLY*, DE DAVID BELASCO, INSPIRADA EN UN RELATO DE JOHN LUTHER LONG. ESTRENADA EN EL TEATRO ALLA SCALA DE MILÁN EL 17 DE FEBRERO DE 1904. ESTRENADA EN EL TEATRO REAL EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1907. PRODUCCIÓN DEL TEATRO REAL.

Director musical: **Marco Armiliato**

Director de escena: **Mario Gas**

Escenógrafo: **Ezio Frigerio**

Figurinista: **Franca Squarciapino**

Iluminador: **Vinicio Cheli**

Director del coro: **Andrés Máspero**

Madama Butterfly (Cio-Cio-San): **Ermonela Jaho** (27, 30 de junio; 3, 6, 9, 12, 15, 19, 21 de julio)  
**Hui He** (28 de junio; 1, 4, 7, 13, 16, 20 de julio)

Suzuki: **Enkelejda Shkosa** (27, 30 de junio; 3, 6, 9, 12, 15, 19, 21 de julio)  
**Gemma Coma-Alabert** (28 de junio; 1, 4, 7, 13, 16, 20 de julio)

Mrs. Kate Pinkerton: **Marifé Nogales**

B. F. Pinkerton: **Jorge de León** (27, 30 de junio; 6, 9, 12, 15, 19 de julio)  
**Andrea Carè** (28 de junio; 3, 7, 13, 16, 21 de julio)  
**Vincenzo Costanzo** (1, 4, 20 de julio)

Sharpless: **Ángel Ódena** (27, 30 de junio; 3, 6, 9, 12, 15 de julio)  
**Vladimir Stoyanov** (28 de junio; 1, 19, 21 de julio)  
**Luis Cansino** (4, 7, 13, 16, 20 de julio)

Coro: **Francisco Vas**

El príncipe Yamadori: **Tomeu Bibiloni**

El tío bonzo: **Fernando Radó** (27, 30 de junio; 3, 15, 19, 21 de julio)  
**Scott Wilde** (28 de junio; 1, 4, 6, 7, 9, 12, 13, 16, 20 de julio)

Yakusidé: **Miguel Ángel Arias**

**Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real**

27, 28, 30 de junio de 2017; 1, 3, 4, 6, 7, 9, 12, 13, 15, 16, 19, 20, 21 de julio de 2017  
20:00 horas.

Salida a la venta al público 25 de abril de 2017

## ARGUMENTO

---

### Madame Butterfly

Fernando Fraga

#### Acto I

En una colina desde la que se divisa el puerto y la bahía de Nagasaki, Goro, una especie de casamentero, está enseñando una casa típica japonesa al teniente Pinkerton, marino americano. La ha adquirido para la joven Cio-Cio-San con la que va a contraer matrimonio. Goro presenta a Suzuki la que será la sirvienta de su esposa. Agotado por el ascenso a la colina, llega Sharpless. El cónsul de los Estados Unidos, que

va a ser testigo del matrimonio. Los americanos conversan, oportunidad que aprovecha Pinkerton para mostrar su manera despreocupada de vivir la vida, sentimientos que preocupan un tanto a Sharpless, hombre serio y juicioso. Ambos brindan por la patria lejana.

Goro satisface la curiosidad del cónsul elogiando las cualidades de la futura esposa, estando dispuesto a facilitarle otra, si lo desea, al diplomático. Pinkerton a su vez, describe la fascinación



que despertó en el la japonesa, pese a lo cual, con total cinismo, prevé un futuro y verdadero matrimonio con una mujer americana. Sharpless no puede ocultar su preocupación, didipada repentinamente por la voz de CioCio-San y sus amigas que suben cantando la colina.

Se producen las presentaciones y los rituales, además de aclararse la situación y categoría social de la novia. Tiene quince años y proviene de una familia, antes próspera y ahora venida a menos, de la que aún viven su madre y una tía. Muerto el padre tuvo que hacerse geisha para sobrevivir.

Llegan el Comisario Imperial y el Oficial del registro para dar legalidad al matrimonio. Aparecen unos familiares de Butterfly. Sharpless queda impresionado por la belleza e ingenuidad de Butterfly, así como del amor hacia el marino, a quien intenta sin conseguirlo hacerle entrar en razón. Butterfly va dando cuenta de las pertenencias que aporta al matrimonio, ocultando un estuche cuyo contenido no revela. Goro deja caer ante Pinkerton que el padre de Butterfly tuvo que hacerse el harakiri por haber caído en desgracia ante el Emperador y ese estuche contiene el arma homicida.

Butterfly confía a su esposo que el día anterior se ha convertido al cristianismo para estar en perfecta comunión espiritual con él. Se celebra el matrimonio, pero el brindis propuesto por Pinkerton es bruscamente interrumpido por el Bonzo, tío de Butterfly que la reprocha que haya renegado de su religión. Pinkerton echa de mala manera al intruso y sus acompañantes, no sin

que antes el Bonzo maldiga a la pobre Cio-Cio-San que queda desconsolada. Pinkerton la consuela tiernamente. Ella relajada y dichosa, una vez solos, los dos se entrega totalmente al amado, en una noche cálida y estrellada.

## Acto II

Han transcurrido tres años. Suzuki eleva una oración a los dioses, invocándoles para que Butterfly se de cuenta de la realidad que están viendo. El dinero se acaba y Pinkerton no ha dado señales de vida. Butterfly regaña a la criada, ya que está segura de que su amado volverá.

Aparece Sharpless, a quien Cio-Cio-San recibe como si hubiese entrado en una casa americana y ella fuera la señora Pinkerton. Sharpless trae una carta del marino, con noticias desastrosas para la japonesa y el cónsul no sabe cómo decirle la verdad. La lectura de la carta, entrecortada por las expresiones de ansiedad de Butterfly, es interrumpida por el cónsul sin revelar todo su contenido. Ella le cuenta que Goro la atormenta proponiéndola que se case con el rico príncipe Yamadori, ya que los tres años de separación con Pinkerton, equivalen en Japón a un verdadero divorcio. Pero ella dice que es americana y sólo un juez puede dar cuenta de esa separación. Justamente llega Yamadori con sus sinceras propuestas de matrimonio, pero Butterfly le echa de casa con irónica cortesía. A la pregunta del cónsul de qué haría la muchacha si Pinkerton no volviera, ella responde que no podría volver a ser geisha, sería mejor morir. Sharpless, conmovido, se atreve a proponerle que acepte esta provechosa proposición matrimonial, comentario que molesta

a Butterfly hasta el punto de hacerle perder momentáneamente su cariñosa hospitalidad. Se recupera al instante y presenta al cónsul el hijo que ha tenido con Pinkerton, un niño rubio de ojos azules. Sharpless, emocionado, se despide prometiendo hacer todo lo que esté en su mano para que Pinkerton retorne.

Suzuki aparece irritada trayendo a la fuerza a Goro, al que acusa de decir maledicencias sobre su ama, pues está propagando que Butterfly tiene un hijo de padre desconocido. La irritación de Butterfly es cortada por el sonido de un cañonazo que viene del puerto. Butterfly se precipita a mirar con un catalejo y la emoción hace que



sus manos tiemblen , comprende que se trata del Abraham Lincoln, el barco de Pinkerton. Llorando de alegría las dos mujeres adornan la casa para recibir la llegada del marino. Butterfly se viste con su traje de boda y se sienta a esperar en compañía de su hijo y Suzuki. Comienza una larga espera.

### Acto III

Un impresionante prelude orquestal describe los diferentes estados de ánimo que embargan a la protagonista durante la noche en vela, entremezclados con un descriptivo retrato del amanecer en Nagasaki.

Suzuki, que se ha dormido, se despierta bruscamente y obliga a Butterfly a que se recluya en sus aposentos y repose. Con su hijo en brazos Cio-Cio-San se retira mientras acuna al niño con una deliciosa nana. Suzuki escucha como llaman a la puerta. Es Sharpless acompañado de Pinkerton, Suzuki, sin que nadie le dé una explicación, comprende horrorizada que la mujer rubia que pasea inquieta por el jardín es la esposa americana de Pinkerton. Sharpless explica que vienen con la intención de llevarse al hijo de Butterfly. Pinkerton, emocionado y arrepentido, recuerda los deliciosos momentos pasados en el lugar. Cuando el marino se va, Kate, la esposa del marino, asegura a Suzuki que cuidará del niño como si fuese suyo.

Cio-Cio-San ha escuchado todo este movimiento de gente y sale agitada buscando a Pinkerton, a quien cree escondido para darle una sorpresa. El semblante de los presentes la hace

sospechar que algo grave pasa. La verdad poco a poco se va apoderándose de ella. Ve a la desconocida mujer en el jardín y de pronto se hace cargo de los hechos. “Todo ha muerto para mi, todo se ha acabado” murmura apenas. Consiente en entregar a su hijo siempre que Pinkerton sea el que venga a por él.

Sóla con Suzuki, Butterfly parece momentáneamente dejarse llevar por su infinito dolor. Reacciona y ordena a la criada cerrar todas las ventanas para que el sol no entre en la casa. La obliga a retirarse, a pesar de sus protestas, ya que Suzuki sospecha lo que se propone hacer su ama. Butterfly saca el arma con la que se mató su padre donde figura la inscripción “Muera con honor el que no pueda vivir sin honor”. Aparece de improviso su hijo que se arroja en sus brazos. Ella le abraza frenéticamente y le envía a jugar. Oculta detrás de un biombo Cio-Cio-San se hace el harakiri. Se escucha a lo lejos la voz de Pinkerton llamándola. Antes de morir aún tiene tiempo de hacer un gesto a Pinkerton indicándole donde está su hijo que juega en el jardín ajeno a tanta tragedia.

# MADAMA BUTTERFLY: UN HERMOSO DÍA VEREMOS...

---

Andrés Ruiz Tarazona

## Introducción

¿No es sorprendente que Giacomo Puccini (1858-1924) haya sido tan valorado en la historia de la música tan solo por una docena de óperas? Porque el resto de su obra, unas cuantas piezas juveniles de su etapa de formación en el Conservatorio Pacini de Lucca (canciones, obras corales, para órgano, sinfónicas y de cámara), apenas cuentan entre sus méritos y pocas veces se interpretan. Únicamente “Crisantemi”, para cuarteto de cuerdas, compuesto en memoria de quien fuera rey de España Amadeo de Saboya, y en ocasiones su “Messa di Gloria” del año 1880,

o el “Requiem” para tres voces con acompañamiento de órgano o harmonium, más tardío, figura alguna vez en los conciertos. La “Misa en la bemol mayor”, por ejemplo, la grabó Claudio Scimone en los años setenta del pasado siglo con la Orquesta Philharmonía y los Ambrosian Singers, y dos solistas de importancia, el tenor José Carreras y el barítono Hermann Prey. Pero todo lo que no sea ópera, en Puccini es cosa menor, pese a ciertos atisbos de gran música en obras como el “Preludio Sinfónico”. Sin embargo, si no hubiera sido por su aportación a la escena lírica, Puccini no tendría el enorme espacio que ocupa en los diccionarios.



Ocurre además que, de entre esa docena de óperas, nueve al menos, o sea un 75 por ciento, figuran en el repertorio de hoy y tres de ellas “La bohème”, “Tosca” y “Madama Butterfly” baten marcas en representaciones, seguidas por “Manon Lescaut”, el “Tríptico” y “Turandot”. Únicamente las dos primeras, “Le Villi” y “Edgar”, y luego “La rondine”, han merecido pocos montajes, aunque no carecen de atractivo y belleza. También se ha ganado un espacio, no muy grande, “La fanciulla del West”.

Pero, en mi opinión, la joya de toda la producción del maestro de Lucca es “Madama Butterfly”, pieza central de su producción. Reune todas las cualidades del gran músico italiano, la principal de las cuales es, sin duda, su entendimiento de lo dramático. De esa cualidad pucciniana se deriva otra, el acierto genial para expresar sentimientos, tristes o alegres. Todo ello transido de poesía y delicadeza, conseguida gracias a una orquestación rica en recursos y atrevimientos apenas utilizados por el teatro lírico de su tiempo. Y por supuesto, el empleo de una escritura vocal que hace honor a la tradición operística italiana, sin dejar de ser innovadora y llena de matices que solo los grandes cantantes saben expresar. Recordemos que Puccini vivió en su juventud la eclosión del realismo y el naturalismo en la novela (Giovanni Verga, Zola, Balzac, James, Galdós, Clarín, Pardo Bazán, Loti, Tolstoi, Eca de Queiroz, Narcís Oller, Blasco Ibáñez, Gorki, etc). él y sus más conspicuos colegas convirtieron ese naturalismo, al ser llevado a la escena, en el llamado verismo. Una corriente de la cual Puccini fue la figura estelar, muy por encima de sus colegas

Mascagni (1863-1945), Leoncavallo (1859-1919), Cilea (1866-1950), Giordano (1866-1950), Catalani (1854-1893), Zandonai (1883-1944), Alfano (1876-1954), etc,etc, aunque él no fuera el inventor. Y el convertirse en un autor “verista” le llevo a ser rechazado por vulgar y grosero durante cierto tiempo, algo tan ridículo como absurdo.

## Origen de Madama Butterfly

En 1898 apareció en una revista de los Estados Unidos, “Century magazine”, una narración titulada “Madama Butterfly”, cuyo autor John Luther Long (1861-1927) se había basado, según confirmó la esposa del embajador de Japón en Italia años después, en un hecho real. Era un suceso que coincidía en parte con el que más tarde iba a ser el asunto de la ópera del mismo título compuesta por Puccini. Y decimos “en parte” porque la realidad no fue exactamente igual a la trama de la ópera, y la auténtica Cio-Cio San no se quitó la vida sino que permaneció junto a su hijo, llamado Tom Glover (o Tomisabaru Kuraba, es decir, el Dolor de la Opera). Cio-Cio San se llamó en la vida real Tsuru Yamamura y un historiador de Nagasaki llamado Watanabe, asegura que ella pertenecía a una familia samurai llamada Daté, cuyo patriarca se hizo el “hara-kiri” en esa ciudad. Ocurrió en la época del emperador Matsuhito (1867-1912).

El autor del relato “Madama Butterfly”, John Luther Long, era un abogado de Filadelfia. No conocía Japón, pero posiblemente había leído la novela de Pierre Loti “Madame Chrysanthème” (1887). Y le sorprendió lo bien ambientada que estaba la historia del novelista francés. Le



favorecía que su hermana, la señora Irwin Corell, estuviese casada con un misionero norteamericano en Nagasaki.

Por eso Long llegó a tener buenos conocimientos del Japón, pero su obra causó un fuerte impacto en los Estados Unidos. Por entonces muy pocos occidentales conocían Japón y menos sus costumbres y enigmáticas tradiciones y creencias. Con todos sus defectos (por ejemplo, poner

el nombre femenino de Yamadori a un príncipe, algo parecido a lo de llamar Lilas Pastia al dueño de una taberna sevillana). Puccini y sus libretistas hicieron todo lo posible para conseguir un verdadero ambiente nipón en la ópera. Y es evidente que lo consiguieron.

El compositor se entrevistó con la actriz japonesa Sada Jacco en Milán. También se entrevistó en varias ocasiones con la esposa del embajador



del Imperio del Sol Naciente en Italia, la cual no solo le mostró canciones japonesas, también fue proporcionándole discos y libros sobre arte, costumbres y ceremonias del archipiélago.

## Los músicos japoneses

En el día de hoy son los japoneses quienes conocen y practican la música occidental. Sus intérpretes y compositores se han impuesto en occidente. La riqueza de la composición nipona en el siglo XX, desde Masao Ohki a Toshio Hosokawa, es enorme. Citemos a figuras como Yoritsune Matsudaira y su hijo Yori Aki. A músicos de la talla de Hayasaka, Mayozumi, Matsumira, Tanaka, Ichiyanaagi, Akira-Ifukube, Hashimoto, Keiko Abe (la excelente compositora e intérprete de marimba); otra mujer, Mine Kawakami, Jo Kondo, Akira Miyoshi, o el internacionalmente célebre Toru Takemitsu (1930-1996), por no hablar de tantísimos intérpretes, desde maestros como Hiroyuki Iwaki y Ken Nagano a Seigi Ozawa. E instrumentistas como la pianista Chieko Hara, que fue esposa de nuestro gran violonchelista Gaspar Cassadó, o Tsutsumi, gran violonchelista, como Sadao Harada, miembro del célebre Cuarteto de Tokio.

## Detalles sobre la pre-butterfly

Pero volvamos al origen de la “Butterfly”. El relato de Luther Long tuvo tanto éxito en los Estados Unidos que le pidieron, desde diversas instancias, llevarlo al teatro. Y quien lo consiguió era un californiano de origen portugués. Actor, manager, dramaturgo de éxito e hijo de un actor que había emigrado a América desde Londres, este hombre se llamaba David Belasco (1851-

1931) y desde niño había tenido contacto con la escena. Siendo un chaval, Belasco encarnó al duque de York en Nueva York, en la pieza de James Herne “Corazones de roble”. La asociación entre Luther Long y Belasco proseguiría en “La amada de los dioses”, ambientada también en Japón, y en otra pieza titulada “Andrea”, en la cual triunfó la actriz americana Leslie Carter.

Cuando Puccini se encontraba en Londres el año 1900, para asistir al estreno de “Tosca” en Inglaterra, (se había ya estrenado en Roma en enero de aquel año) varios amigos de su confianza, -los Angeli, o Frank Nielson, gerente del Covent Garden- le animaron presenciar la adaptación teatral que Belasco había hecho del relato de Luther Long “Madama Butterfly”, que significa Señora Mariposa, o más literalmente Señora Mosca de la mantequilla. Aunque el deficiente inglés de Puccini le impedía entender bien el diálogo, la representación le emocionó y muy conmovido se acercó a ver al autor. Le pidió que le permitiese utilizar la obra para su próxima ópera. Belasco ha contado que aceptó inmediatamente la propuesta, ante la emoción de aquel italiano impulsivo que tenía “lágrimas en los ojos y ambos brazos en torno a su cuello”. Pronto llegaría la obra a los dos libretistas de sus óperas anteriores, esas dos obras maestras llamadas “Tosca” y “La bohème”, es decir Luigi Illica (1857-1919) y Giuseppe Giacosa (1847-1906).

## Illica y Giacosa

Giacosa era piamontés, de Ivrea, e Illica provenía de la provincia de Piacenza, si bien estudió en un colegio de la cercana y muy musical Cremona, la patria de Monteverdi. Illica y Giacosa fueron

fundamentales, cada uno a su manera, para Puccini. Se llevaban muy bien con él. Illica trazaba el plan general de la pieza, distribuyendo las escenas, y Giacosa se ocupaba de versificar todo. Era Giacosa un notable dramaturgo y para él, el libreto no era únicamente un texto destinado a ser puesto en

música por el compositor sino un escrito dramático que se iba a publicar aparte y por tanto, tenía que poseer una dignidad poética que, con frecuencia, el músico solía retocar demasiado, desvirtuando a veces su nobleza o acierto literario; en resumidas cuentas, estropeándolo.



En 1901, Cuando Illica trabajaba sobre la pieza de Belasco, escribió al editor Ricordi en estos términos: “Crea, le repito, que “Butterfly” es la cosa más fuerte que haya tenido nunca Puccini, fuerte y nueva pero no fácil. He dicho fuerte y nueva y añado además: la más adecuada a Puccini, a su elegancia”.

A comienzos del mes de abril de aquel año inaugural del siglo XX, se firmó el contrato, según el cual Belasco cedía al compositor los derechos musicales de “Butterfly”.

Puccini se puso a pensar la música, pero le preocupaba mucho el no tener noticias de los libretistas, e insistía por carta desde Cutigliano, donde pasó un verano tranquilo aquel año 1901.

Remitía cartas, bien a Giacosa, bien a Illica, para que al menos le enviaran algo del acto primero. A Luigi Illica le escribió en los siguientes términos la víspera del “ferragosto”: “Entre estos montes, donde aburrido espero el trabajo de Giacosa, el tedio me ha agarrado de los pelos. A la fastidiosa rutina hay que añadir el dolor de no ver a Elvira arrepentida”.

### Los incidentes amorosos

Ahora retrocedemos en el tiempo porque conviene saber que quince años antes, en la primavera de 1885, Puccini se enamoró perdidamente de Elvira Bonturi, esposa del comerciante de Lucca, Narciso Gemignani (1856-1903), con el cual había tenido Elvira dos hijos: Fosca y Renato.

En una ciudad pequeña como es Lucca, el músico y su amante vivieron aventuras llenas de

zozobra para ocultar su amor; pero en abril del año siguiente, 1886, era evidente que Elvira se hallaba embarazada y Puccini decidió trasladarse con ella a Monza, donde el 23 de diciembre nació Antonio, Tonio, el hijo de ambos. Era Puccini muy enamorado y Elvira muy celosa. Esos celos amargaban la vida a ella y a él. La pequeña Fosca procuraba quitar hierro a las tremendas broncas de los amantes, como las que se desencadenaron





cuando Elvira se enteró de la relación del compositor con una joven piemontesa llamada Corinna, a quien conoció en febrero del año 1900 durante su viaje a Turín para la primera representación de “Tosca” en el teatro Regio.

### Una etapa de triste desazón

El año 1902 la joven Fosca, hija de Elvira, que casi era una hija para Puccini, se casó con el empresario Salvatore Leonardi. El compositor le envió una carta lamentándose: “ Has dejado un gran vacío, Fosca, al marcharte y la vida que llevamos los dos, Elvira y yo, es simplemente terrible. Somos víctimas de nuestro temperamento, que

tú suavizabas. Ahora ya no estás y sentimos demasiado tu falta”.

Desde 1900, Giacomo y Elvira habitaban una casa magnífica construida en Torre de Lago, cerca de Viareggio. Puccini se movía mucho en automóvil y en abril de 1902 tuvo un pequeño percance sin consecuencias, mientras trabajaba en “Butterfly”. El 25 de febrero de 1903 sufrió otro accidente en Vignola de San Macario, cerca de Lucca; esta vez más grave, pues se fracturó la tibia de la pierna derecha y pasó meses encerrado en su villa de Torre del Lago, junto al lago Masaciúccoli. Su relación con la torinesa Corinna terminó forzosamente (aunque ella le reclamó

cumpliese el compromiso de matrimonio que le había prometido). Sin embargo, surgió un problema mayor: los celos de Elvira, causados por la presencia en la villa de una muchacha del pueblo que había ido a atender al inválido Puccini. Se llamaba Doria Manfredi.

Al día siguiente de ser hospitalizado por el accidente, murió Narciso Geminiani, el marido de Elvira y, transcurrido el tiempo obligado de viudedad, Giacomo y Elvira contrajeron matrimonio civil en Torre del Lago, oficiado por el alcalde de Viareggio. Pero la presencia en la casa de la joven sirvienta (de 18 años) Doria Manfredi, hizo insoportable la vida por los celos de Elvira. La joven Doria abandonó la casa en octubre de 1908 y el 23 de enero de 1909 decidió suicidarse tomando arsénico y murió a los cinco días. El escándalo en Italia fue mayúsculo. Puccini intentó una separación legal de Elvira, que resultó imposible. Además, el hermano de Doria, Rodolfo

Manfredi interpuso una querrela contra Elvira, donde se insistía en la culpabilidad de Doria y en el adulterio de su marido. Mas se demostró la falsedad de las acusaciones y fue condenada por difamación, injurias y amenazas a cinco meses y cinco días de cárcel y a 700 liras de indemnización, más las costas del proceso. Sus abogados apelaron, pero Puccini consiguió que Manfredi retirase la acusación, llegando a un acuerdo económico. Tuvo que pagarle 12.000 liras, aunque lo peor fue el golpe moral que supuso para él aquel suceso. Disminuyó claramente su potencial creador, ya nunca tan esplendoroso como el de los años que van desde “Manon Lescaut” (1893) hasta “Madama Butterfly” (1904). La “première” de esta última y genial ópera tuvo lugar el 17 de febrero de 1904 en el Teatro alla Scala de Milán, protagonizada por la soprano veneciana Rosina Storchio (1872- 1945), la misma que cantaría como Cio-Cio San en el estreno madrileño, que tuvo lugar en el Teatro Real en noviembre de 1907. Pinkerton fue en Milán el tenor veronés Giovanni Zenatello, el cual también protagonizaría estrenos como “Siberia” de Giordano o “La Figlia di Jorio” de Pizzetti. Dirigió la orquesta en el estreno mundial el maestro parmesano Cleofonte Campanini. Precisamente él había dado a conocer doce años antes en el Real de Madrid la ópera de Bretón “Garín”. Campanini dirigió en Madrid durante la última década del siglo XIX óperas de Verdi, Puccini, Ponchielli, Meyerbeer, Wagner, Boito, Saint-Saëns, Massenet y Leoncavallo.

También dirigió el maestro de Parma la segunda versión de “Butterfly”, que dividía en dos partes el acto segundo. Se estrenó en Brescia con



la bella soprano polaca Salomea Krushelnyska como Cio-Cio San. Todavía se puede hablar de una tercera versión en dos actos para el Covent Garden de Londres y dos versiones en tres actos finales, en francés e italiano, esta última estrenada en Nueva York el 10 de febrero de 1907, con Geraldine Farrar en el papel protagonista. La versión francesa tuvo a Marguerite Carré como Cio-Cio San en la Opera Comique el año 1906. En Nueva York, Pinkerton fue nada menos que Enrico Caruso. Ya se sabe que el estreno en la verdiana Scala fue un ruidoso fracaso por la envidia de ciertos grupos contra el maestro Puccini, que nunca dudó del acierto y calidad de su partitura, para la cual se empapó de música oriental.

El primer acto, ante todo, es un formidable ejercicio de orquestación, lleno de colorido y claridad armónica, tímbrica y rítmica. Toda la obra está centrada en la poética y doliente figura de Cio-Cio San, pero también su amante y marido Benjamín Franklin Pinkerton tiene momentos estelares, como el dúo de amor “Vieni la sera” del primer acto o el “Vieni fiorito asil” del tercero.

### La moda japonesa

La entrada de los europeos en el Imperio del Sol Naciente y de lo japonés en el mundo occidental se produjo hacia 1870, cuando el emperador Matsuhito abrió un país, aislado durante siglos, al comercio exterior y a los viajeros



de otros países. Pronto se inició la moda japonesa. En 1885 ya bromeaban los ingleses Gilbert y Sullivan con “El Mikado o la ciudad de Titipú” en el Savoy londinense y poco después, en 1893, André Messager presentó en París su “Madame Chrysanthème” sobre la novela de Pierre Loti, con éxito enorme, pronto eclipsada por la ópera de Puccini.

Es también curiosa la “Mademoiselle Chrysanthème” del joven Zimmerman, estrenada en 1912 en el Little Palace de París. También llegó a Madrid esa moda, como lo prueba el sainete de Arniches y García Álvarez “El pobre Valbuena”, sobre el que Tomás López Torregrosa compuso una zarzuela en la cual escuchamos una graciosísima polca japonesa. Se estrenó en el Teatro Apolo el año 1904.

Hacia el diez de abril, Japón celebra la llegada de la primavera. Los cerezos, asociados a la eternidad y a la transitoriedad de las cosas, las cuales además pueden verse afectadas por frecuentes seísmos, han florecido. Hay fiesta y se prepara arroz hervido para comer. Se participa en los desfiles, en las procesiones de Dios.

## Un hermoso día veremos

Suzuki dice: “¡esperemos! y Butterfly le corrige: -¡dilo conmigo! ¡volverá!. Suzuki llora y Butterfly dice: -¿llorar? ¿por qué? Ah, te falta la fe”.

Y este es el momento emocionante en el cual, como si el milagro del regreso se produjese de verdad, Butterfly entona su aria incomparable: “Un bel di, vedremo...” Un hermoso día veremos elevarse un hilo de humo desde el extremo confín del mar.



Y después, una nave que aparece,

Luego, la nave blanca entra en el puerto haciendo su saludo. ¿lo ves? Yo no. Voy a la cima de la colina y espero; y espero largo tiempo sin que me pese la larga espera. De la ciudad sale un hombre, un pequeño punto. Se acerca por la colina”.

Al final de la ópera, como en “La bohème” tras la muerte de Mimí, Puccini nos da también su marcha fúnebre por Butterfly. Una muy veloz coda de la orquesta anuncia ya el doloroso final, donde se escuchan los gritos desesperados de Pinkerton llamando a Butterfly. Conclusión patética de una de las partituras más hermosas y conmovedoras de la historia de la ópera.